Pedrito perro

Ana Luisa Anza

♦♦♦

Un día Pedrito vio el árbol. Estaba ahí parado, como siempre, en el mismo lugar, pero nunca se había detenido a verlo. Era alto, verde y frondoso. Imaginando que era un gigante, se dedicó a luchar con su tronco, arrancar sus cabellos de hojas y finalmente, decidido a destruirlo por completo, intentó atravesar su cuerpo con su espada de plástico. Pero el gigante no se rendía.

Así que al día siguiente volvió con su pala del juego de playa. Por más que trató, el árbol seguía tan tranquilo y tan verde como siempre. Conque el gigante no se rendía...

En los días siguientes intentó con todo: con el destornillador de la caja de papá, con la pinza de cejas de su mamá, con piedras del camino y hasta con un tenedor que había escondido en su camiseta a la hora de la comida. Y nada. El árbol seguía tan tranquilo y verde como siempre.

Así que, enojado con el gigante, comenzó a morderlo y patearlo sin darse cuenta de que lo estaban mirando. Eran los señores que manejaban el carro que se dedicaba a recoger a los perros sin dueño que encontraban por la calle. Primero pensaron que era un niño. Cuando vieron los mordiscos que le daba al árbol, supusieron que era un animal extraño. Pero cuando oyeron los chillidos del niño, comprendieron que no podía tratarse más que de un perro. Un extraño ejemplar. Y lo atraparon.

Pedrito llegó a la perrera y tuvo que quedarse con los perros callejeros. Por más que explicaba que era un niño, los perreros lo veían sorprendidos.

—¡Ooooh!, un perro que habla—, se decían entre ellos y se ponían a comentar sobre el extraño ejemplar de perro que habían atrapado.

Y cuanto más gritaba, los perreros más se convencían de que tenían entre sus manos —y entre rejas— a un curioso animal capaz de hablar como ser humano.

El rumor sobre el perro que hablaba corrió por todo el pueblo y, claro, lo oyó el dueño del circo que pasaba por el lugar. Cuando don Cuco llegó, tuvo que abrirse paso entre la multitud que miraba maravillada al perro que hablaba. Pedrito insistía en que era sólo un niño, pero ya nadie le creía.

Don Cuco lo sacó de la perrera y se puso a anunciarlo como la más grandiosa maravilla del mundo: un perro que habla. Fue así como Pedrito recorrió pueblos y ciudades.

♦♦♦

—¡Ooooh!—, exclamaba la gente cada vez que Pedrito intentaba explicar, con gritos y chillidos, que no era un perro.

Su fama se hizo tan grande, que fueron a verlo personas de muchas partes del mundo. Era, sin duda, el primer perro que hablaba.

—¡No soy un perro, soy un niño —lloraba.

—¡Ooooh!—, exclamaba la multitud y aplaudía de contento cada vez que hablaba.

Aburrido de hablar y hablar y hablar, Pedrito se calló y tuvo que ponerse a pensar. Eso sí no podía hacerlo un perro.

En la siguiente función del circo, Pedrito decidió ladrar. Don Cuco estaba furioso. No entendía qué le habían hecho a su perro para que ladrara. Por más que le hacían preguntas. Pedrito se negó a hablar. Desde hoy, pensó, sólo voy a ladrar.

Al día siguiente estaba fuera del circo. Don Cuco lo dejó, con un enorme hueso como recompensa, cerca de casa.

Ahí seguía el árbol, tan verde y frondoso como siempre. Era el gigante que había intentado vencer. Desde ese día, Pedrito consideró siempre a los árboles como sus amigos y, cuando se olvidaba y los creía otra vez gigantes, se cuidó mucho de pelear con ellos... pero sólo a palabras. ♦

